

DIVAGACIONES

En torno al Ayer y otras pérdidas irreparables

MERTXE CARNEIRO BELLO

Este año me ha vuelto a llegar el saludo entrañable de un efímero compañero de otras épocas.

Por razones inextricables la salutación ha calado en mi ánimo de forma especialmente evocadora y, en un arranque, la he convertido en testigo de una carrera nada recomendable para mentes de ortodoxia materialista. Una carrera hacia atrás. Hacia puntos de referencia que hace siglos, milenios, se desdibujaron.

Como siempre en "Magdalenas", desde los florecidos prados de papel de nuestra "Oarso" el zumbido dulce, sensitivo, irresistible ha vuelto para cosquillearme el espíritu. Ahí estaban otra vez las abejas del recuerdo y su insaciable libar de flores de infancia y adolescencia. De nuevo DAVID TELLECHEA insistiendo sin desmayo en la gratificante tarea de volver a la vida a su Eurídice particular. A su Rentería.

Así, en una suerte de rito ineludible, en mis oídos ha sonado la lira mágica de este Orfeo infatigable. Y ahora estoy aquí, intentando a mi vez -si bien con infinito desgarmo- que el Hades me sonría y me permita revivir a la mía. A mi Rentería.

"Próximo a traspasar la frontera invisible del medio siglo...", dice DAVID, y su alma -espejo inevitable de la de todos los que militamos en ese ejército del ecuador vital- se recrea "en el recuerdo etéreo" esta vez.

Madurez.

Opus para otoño y nostalgia. En re menor. Con allegros non troppo... Hay que seguir la partitura de la vida; es imperativo responder a las edades y, en el intermezzo que se nos presenta, volver la vista atrás forma parte de la obra que venimos ejecutando.

En este recién estrenado equinoccio fondeamos al fin la mirada. Ya sin prisas nos vamos adentrando en un suave y sigiloso atardecer que nos incita al coloquio con nosotros mismos. A irrumpir sin ambages ni complejos en ese recinto -*musgoso almario* lorquiano- tan largo tiempo cerrado a cal y canto.

Madurez.

Camino de sombras imprecisas que recorremos un poco como en sueños. *Memento* del alma que nada puede ya aplazar. Certidumbre de que el tiempo es algo relativo, subjetivo, abstracto; que, de todas formas, su verbo articulado de horas nos ha contado ya gran parte de la historia.

*¡Y Ella viene siempre,! Desde que nacemos,
su paso, lejano o próximo, huella
el mismo sendero por donde corremos
hasta dar con Ella.*

Sí. Se empieza a pensar en la muerte. Sin dramatismos. Un poco a la manera de Manuel Machado cuando la saludó en esos versos. Frisaba nuestros años, si bien, como excelso poeta, mucho más atormentado en lo espiritual (...*El cuerpo joven, pero el alma helada, Sé que voy a morir, porque no amo Ya nada*). Lo cierto es que en nosotros -al menos en la mayoría- pervive en relativas buenas condiciones la facultad de amar. Quizás por eso nos preguntamos adónde fue a parar lo que fuimos en otro tiempo. Entonces, cuando aún ignorábamos que el saber mataría nuestra inocencia y nos haría viejos y, con frecuencia, desengaños.

La quiebra es importante. Y me vienen a la cabeza esos desvanes que se han ido cubriéndose de polvo como nuestra vida de ausencias; de cosas inservibles; como nuestra vida de fantasmas... El símil es puntual y peligroso porque nos afecta de lleno. Hagamos pues limpieza general del propio recinto, antes de que la miseria se convierta en indeleble. Y repongamos existencias, busquémonos por doquier para rehacernos en lo interno y lo externo. Pero que nadie nos inquiete sobre el porqué o el para qué de nuestros afanes. ¿Qué se puede responder?. No hay lógica que explique la intuición, ese ala de dorado terciopelo que nos deja sobre la estremecida piel ambiguos mensajes de eternidad. En cambio, por praxis elemental de vida, se sabe que el camino está girando para encontrar un día el punto de partida. Y a ese retorno que nada ni na-

die puede obviar lejanas voces de redención nos aconsejan llegar lo más íntegros posibles. Remontemos entonces el río, observemos ciegamente las leyes de los salmones. Sin preguntas, humildemente. Que si al final del esfuerzo nos espera la recompensa el trabajo habrá sido provechoso.

Si nos espera el olvido...

Si no espera el olvido, ... el río nos devolverá al mar de todas formas. *Post mortem nihil est*, ya lo decía Séneca. No será, después de todo, ninguna sorpresa.

Pero las esquivas del pasado -los recuerdos- se incrustan a veces dolorosamente en nuestra piel y en la aventura que iniciamos el alma nos entregará insospechados registros que llegarán a hacernos estremecer. Porque en sus repliegues todo cabe y nada se pierde. Su memoria omnisciente no perdona. Volveremos a un mundo replegado sobre sí mismo, en donde los hogares son limbos amurallados que nada traspasa. Ni lo de fuera se inmiscuye ni de lo dentro se escapa..., particularmente el dolor, que late virulento aún por las ausencias irreversibles que la guerra civil (*versus* <crusada> para los gloriosos vencedores) ha perpetrado.

Años de luces mates, de vientos domesticados, de amordazados alaridos. Silencio en el aire y silencio en las almas. Pero los alevines pobladores de la feroz postguerra no tuvimos noción de estas cosas. Eramos niños y con toda sencillez

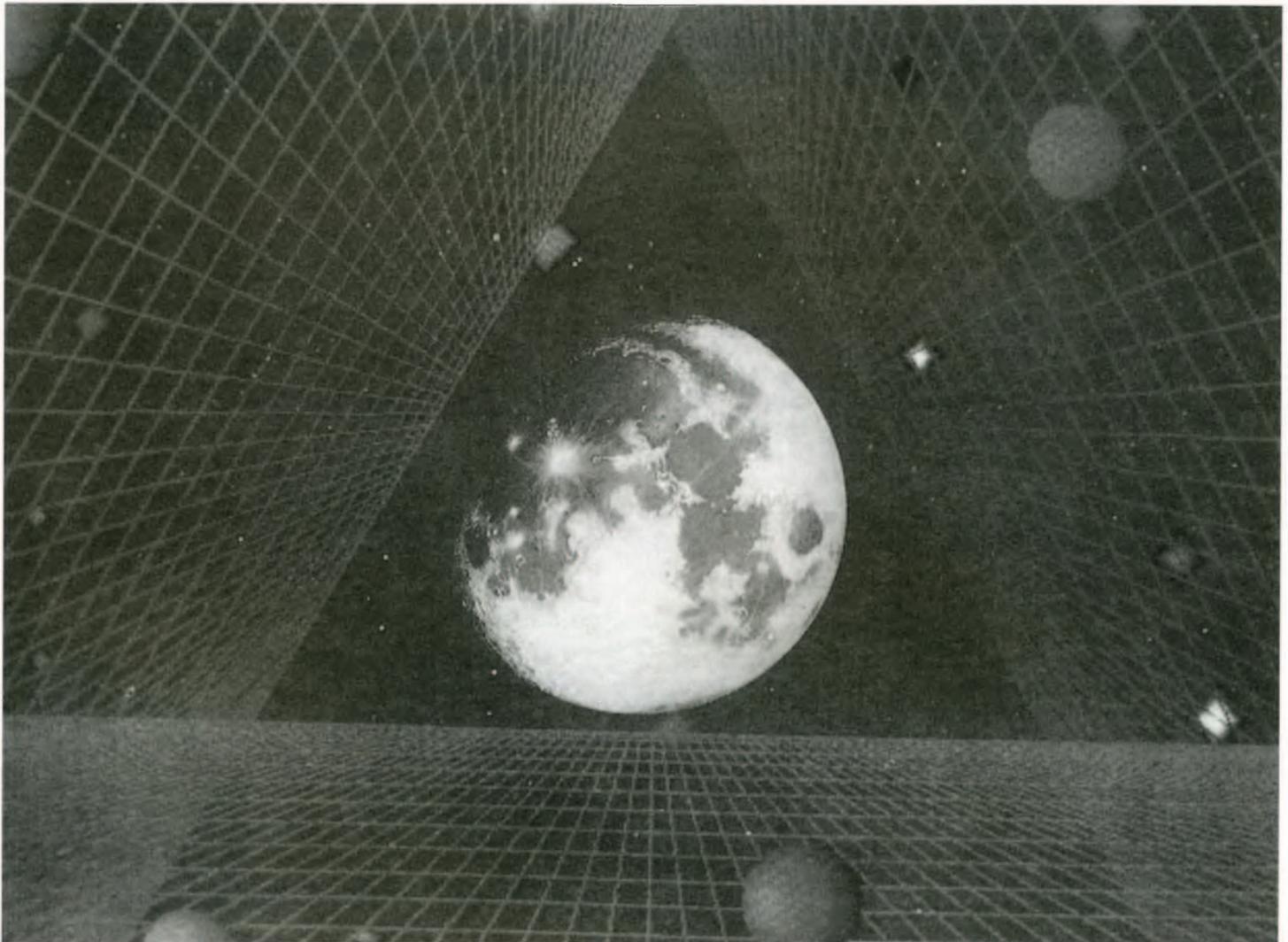
asimilábamos aquel mundo, nos mirábamos en él para aprender, para más tarde -ironías de la naturaleza- imitarlo.

Lo cierto es que nuestro cielo infantil estuvo muy lejos de ser azul y tan sólo unos años más tarde, ya implicados en la agonía de aquel orden social (*Dios, Familia y Sindicato vertical*), nos vimos aquejados como todos los demás por los irrefrenables desmanes del poder. Pero habíamos crecido ya y, aunque no estábamos en absoluto preparados, supimos, creo que con cierta dignidad, desgarrar la tela de araña.

Rastrear el pasado ofrece riesgos indiscutibles. Debe movernos a la precaución ya que existe el peligro añadido de que pocas cosas vuelven de manera diáfana y objetiva. El paso del tiempo suele imprimirles una inexorable pátina de dorada, equívoca ilusión; y los recuerdos que así ataviados habitan la memoria de las gentes tienen por misión páfida engañar y hacer, finalmente, sufrir.

Yo conservo en mi maleta de imágenes pasadas una vieja casa de Viteri. Es un balcón en un segundo piso y está aureolado por un verano perpetuo. Hay multitud de plantas. Y jaulas con jilgueros. Y -¡oh maravilla!- diminutos habitáculos donde moran unos cuantos conejillos que tienen por vecino a un perro blanco y negro, paciente y filosófico guardián del jardín que cuelga en la fachada.

Un anciano corpulento, rey indiscutible de ese edén en miniatura, desde su trono de mimbre observa apaciblemente la



calle con sus ojillos acuosos y burlones. Mi abuelo. Mi héroe de entonces sin competidor posible... Es "el señor Méndez", como lo nombraban sus hijos con un tonillo entre festivo y reverencial.

Estampa del pasado. Con toda seguridad, la más preciada.

Siento que en el pecho se me agolpan las emociones y me veo nuevamente, volviendo de la escuela, o de jugar, o qué sé yo de dónde. Pero mis ojos son dos gorriones traviesos que vuelan indefectiblemente hacia el balcón mientras un "¡abueeeelooooo!" estentóreo, abrumador rompe en mi garganta como una ola imparabla.

Siempre lo rememoro sentado, con una pierna enorme apoyada en un banquito de madera verde que él mismo se había hecho. Contemplativo o conversador, desde su privilegiada atalaya practicaba, como buen castellano, una filosofía alternadora de socarronas alegrías y silencios espesos. Hablaba poco y, casi siempre, sentenciosamente. Yo lo veía como un tótem fabuloso siempre dispuesto a albergarme y protegerme de los infinitos peligros a los que mis variopintas aventuras infantiles me exponía continuamente.

Pero la onírica estampa del balcón no puede permanecer intacta en el aire del aquí y del ahora. Debo apresurarme a resguardarla de nuevo en la maleta. Tiene un enemigo natural en el otro hemisferio de mi cabeza, que se infiltra astutamente y ataca sin piedad: la razón vuelve para destruir la poesía a fuerza de gritarme, inmisericorde, la realidad. Y la realidad de esa imagen es un hombre atormentado por el asma, por la gota y, entre algunos otros males, por el irreversible cansancio de los años. Debí pensar lo suyo para conseguir una postura mitigadora de sus dolores en la pierna, para obtener un soplo en su garganta. Para no pensar que el tiempo se le estaba terminando.

Verano en el balcón. Tiempo de soledad entre geranios. Yo tenía veinte años cuando murió y no sé muy bien ni creo que importe mucho cuál de aquella colección de enfermedades se lo llevó por fin. Pero recuerdo que no lloré. Claro que, aún ahora, al cruzar bajo el balcón, lo veo allí sentado y otro - ¡abueeeeloooo!- rompe de nuevo, esta vez abrupto y mudo, en mi garganta.

En la maleta de mis memorias también está lo etéreo. Buenos y malos olores se alojan en mi memoria porque, si bien es cierto que los campos de entonces cercaban el pueblo y que su proximidad nos regalaba con el aliento cambiante de las estaciones, no es menos verdad que los monstruos estaban más cercanos aún. En realidad, vivíamos en estrecho e indeseable maridaje.

Y los energúmenos de sus gargantas de acero y cemento, nos vomitaban inagotables retahílas letales.

Hablo de empresas que como consecuencia del advenimiento de la revolución industrial, allá por las entreguerras carlistas, colonizaron el pueblo a partir de 1845. A lo largo de muchos años estas hordas industriales, despóticas ignorantes de toda norma ecológica, asesinaron el aire y el agua. Todo ello, por supuesto, en aras del progreso y la modernidad. Así, en el enclave urbano que conocimos, respirar llegó a ser un acto más de temeridad. Lo mismo que intentar "disfrutar" del río Oiartzun (entonces ya, como ahora, definitivamente miasma) a su paso por Rentería.

¡Qué jóvenes éramos! Porque sólo siéndolo se podían ignorar estas crudas realidades y dar prioridad a la ilusión de los sentidos. Para conformarnos con los reductos de belleza y sosiego que aún resistían los embates de una urbanización des-

mesurada, salvaje. También mi memoria, como la de DAVID, está colmada de "las Agustinas", es por eso que en mis ojos de hoy, sus flores de ayer aún entonan colores perfumados; y, en mis oídos de hoy, sus brisas de ayer vuelven a dibujar himnos de gozo. Si me concentro un poco mi cabeza se llenará de aquel paisaje inigualable herido a ratos por el tartamudeo de las ovejas, por el quejido oscuro de los bueyes, por los coloquios murmurantes del viento y de los árboles. Por ese oro agrio que es el aroma de la sidra nueva. Todo en aquellos parajes parecía anclado en el regazo de un tiempo estático, milagrosamente desnudo de horas. Eran, sin duda, las estribaciones del Parnaso.

Sólo nimbados de aquella inocencia indescriptible podíamos llegarnos a otras ondulantes Arcadias (a las lejanas colinas de Versalles, Galtzaraborda o Beraun) sin reparar en aquellas heridas crecientes que extraños bichos de acero infligían a la tierra. Sólo siendo tan jóvenes se podía ignorar la lenta agonía de un Jaizkibel que, sin embargo nos gritaba su muerte, se desvanecía por momentos en el aire. Los estertores de aquel gigante lo llenaban todo, y los confundíamos con la respiración del mar. Hoy vuela mi mirada hacia sus desvaídos perfiles y aún se esfuerza en recuperar aquel tesoro de fronda impenetrable de donde surgía, en los días punteros del otoño, un canto en clave de indefinible tristeza; un maestro genial, el viento del sur, conducía con gestos de seda a aquel orfeón de profundas voces verdes. Hoy alerta a mis oídos para que rastreen en el aire aquel su silenciar inquietante, en los inviernos, y que, luego, al llegar la primavera, estallaba en nemorosos acordes. Y aún indago acerca de las gaviotas que en los inagotables veranos se mecían indolentes sobre los vientos mareros.

Jaizkibel, Jaizkibel. ¡Qué amargura sin límites puede penetrarnos ante este Sansón desmelenado!. Y no hay consuelo. No sirve de nada el paso del tiempo porque las heridas de esta índole no cicatrizan jamás, que acaban convirtiéndose en la llaga permanente apenas velada por la piel: al menor roce, con furia incontinida, vuelven a sangrar.

Me doy cuenta de que he puesto un ácido contrapunto a las poéticas regresiones de DAVID. Me he dejado atrapar por el escepticismo, uno de mis más allegados y difíciles de soterrar enemigos. No he sido capaz de tamizar los recuerdos. De someter a elipsis la realidad, de conseguir afortunados tropos con ella. De haberlo logrado tendría ahora entre mis manos lo objetivamente bello, lo etéreamente perfecto. Pero he fracasado. He vuelto la cabeza y he matado a mi Eurídice. Confieso que una suave y pertinaz tristeza se me aloja desde hace años en el alma. Debe ser por todo lo que fue. Incluso por lo que pudo haber sido. Por lo que es..., una leve esperanza me anima fugazmente, para que no empeoren las cosas. Después de todo, los parques como el de "Nafarroa" y las hermosas añoranzas de DAVID TELLECHEA me reconcilian con un presente que ya no tiene vuelta de hoja. Volvamos al pragmatismo. Lorca lo decía. Y los poetas siempre tienen razón.

*Las cosas que se van no vuelven nunca,
todo el mundo lo sabe,
y entre el claro gentío de los vientos
es inútil quejarse.
¿Verdad, chopo, maestro de la brisa?
¡Es inútil quejarse!*

En Rentería, un despoblado agosto de 1992